

Los esforzados compañeros

He visto en UNIVERSIDAD (21 mayo) una denuncia de la profesora Victoria Ramírez. Afirma ella que (1) no se le asignó un aula adecuada; (2) el encargado no prepara ni abre el aula cuando corresponde, ni cumple con su deber de proveer los pupitres que se le solicitan; (3) cuando expuso repetidamente el problema a un superior del encargado, obtuvo incumplimiento y hasta un trato irrespetuoso.

La profesora Ramírez no es la única académica que ha enfrentado el incumplimiento y el irrespeto del personal de apoyo, trátase de universidades o de otros centros de cultura. Lo que la hace extraordinaria es que ha tenido el valor de denunciar esa situación. Puede estar segura de que toda denuncia justa cuenta con el apoyo de la mayoría de los universitarios.

Si no hubiera gente como ella, que defiende con dignidad sus derechos, cualquier universidad acabaría siendo lo que en inglés llaman el equivalente de «circo académico», en el cual son reyes y señores quienes tuvieron la función original de apoyar el trabajo de docencia, investigación y extensión. En Europa han tenido problemas semejantes, como vimos hace algún tiempo en la película Encuentro con Venus. Recuerdo una escena en que falta al trabajo el encargado de abrir la cortina: todo se suspende porque «podría haber problemas con el sindicato» si otro empleado acciona el interruptor. Los ensayos se interrumpen con frecuencia para alguna «reunión de los compañeros en defensa de nuestros derechos» (como miembro del SINDEU, espero que nunca caigamos en algo similar).

Cuando alguna forma de parasitismo social se establece en cualquier institución del mundo se deja de cumplir a cabalidad con los verdaderos objetivos. Si yo llegara a creer que mi puesto de editor científico existe para suplir mis necesidades personales y no para llenar una necesidad de la revista a mi cargo, empezaría a exigir cada vez más beneficios y menos trabajo. Tal vez comenzaría por decir que mi única obligación es editar, y ya no querría realizar todas las demás funciones que ahora hago con tanto gusto aunque no estén en el manual de puestos. Y si alguien denunciara que estoy incumpliendo con mi trabajo, o más claramente dijera que me estoy robando el sueldo, reaccionaría con indignación y buscaría «el apoyo de los esforzados compañeros» para enviar una carta de respuesta. Me aseguraría de enviar copia a todo el mundo (menos a la persona denunciante) y me quejaría de la «ingratitude» del denunciante ante una persona como yo, diciendo: «como le consta a ... mis compañeros y yo siempre nos hemos distinguido por el esmero con que cumplimos nuestras funciones, a pesar de los muchos obstáculos ... olvida los favores que tanto mis compañeros como yo le hemos hecho en el pasado» etc.; luego dejaría que pasen los tres días del escándalo, volvería a las andadas, y de allí en adelante aprovecharía todas las oportunidades para vengarme del denunciante.

Sí, así pueden llegar a ser las cosas; pero solo se necesitan mucha decencia y un poco de valor para vencer esa actitud negativa. Sin referirme al asunto particular de la profesora Ramírez, caso que no conozco personalmente, creo que denunciar pequeñas formas de corrupción en un nivel inferior, puede resultar tan necesario como el ataque a cualquier político corrupto. Quienes no se han defendido, simplemente han recibido el fruto de su propia indolencia.